

Al ritmo de Epa Colombia

La condena penal a una criatura de comportamiento intolerable, que opera bajo el nombre artístico de Epa Colombia, una antihéroína que la gente sigue en redes o por que le excitan sus acciones - como acabar con los equipos de TransMilenio - o porque se rinde ante su antiesférica presidente, le sirvió de motivo al expresidente Álvaro Uribe para inventar una propuesta de amnistía general para el país.

Es cierto que nuestro sistema penal hace rato está desbalanceado. Si a la niña Epa le imponen cinco años por volverse frénica con un martillo, mientras a un asesino y sequestrador de las Farc le imponen otros cinco, alguna tuerca está funcionando mal en nuestro Código Penal. La pena perdió la proporcionalidad frente al acto que debe sancionar. Pero que de un día para el otro el expresidente Uribe suelte su propuesta de un proyecto de amnistía general a sabiendas de que, por los cánones internacionales, desde la firma del Estatuto de Roma sería imposible de aplicar, no es sincero. ¿Pero no ha sido él, acaso, uno de los primeros en quejarse de la impunidad del acuerdo de paz? Además de que un proyecto de acto legislativo tomaría cuatro sesiones en el Congreso y solo quedan diez meses de gobierno...

Pero lo que empezó siendo una propuesta de amnistía general, en el curso de la semana se desmoronó: se le fueron cayendo los pisos hasta quedar convertida en un proyecto mínimo, de un solo piso, en el que es clarísimo que la tal amnistía general de Uribe se redu-



Se desbarató el tinglado
María Isabel Rueda

ce a una cosa: a que los integrantes de las Fuerzas Militares que completen cinco años privados de su libertad puedan tener libertad condicional y ejercer derechos políticos, siempre y cuando les hayan pedido perdón a las víctimas y contribuyan a la verdad. Y mezcla los militares en ese beneficio con delincuentes comunes, a los que también se les ofrece que, por una sola vez, puedan ser elegidos para cargos de representación popular, o nombrados en cargos públicos. Es decir, el ladrón de su carro podrá ser su próximo alcalde.

Al final de su proyecto de acto legislativo, Uribe pide algo que habría sido lógico cuando se construía la JEP: que a los militares los juzgue una estructura especial compuesta por jueces que no hubieran participado en denuncias, investigación, juzgamiento o pronunciamientos públicos contra sus investigados. Pero eso nada tiene que ver con una amnistía general de colombianos.

Comodida la posición de Uribe, Humberto de la Calle, exjefe negociador en La Habana (y quien, aunque suene increíble, sigue de precandidato presidencial), escribió, junto con el ex alto comisionado de Paz Sergio Jaramillo, de vida académica mucho más discreta en Europa, y con quien mantengo interesante interlocución, un documento glosando la insólita propuesta de Uribe.

Niegan por enésima vez la teoría de que el de La Habana fue un acuerdo que pactaba la impunidad, argumentando que permite la selección de los máximos responsables de crímenes de guerra y lesa hu-

manidad para que sean investigados y juzgados; y sobre los no seleccionados, autoriza la renuncia a la acción penal. Una forma "moderna" de amnistía selectiva (no la general que propone Uribe), combinando instrumentos judiciales y extra judiciales.

Esta carta revela que a las Farc hubo que explicarles, en un momento muy caliente de la negociación, que por la realidad política y jurídica del siglo XXI "no puede haber y no habrá amnistía general. Punto". Pero según los firmantes, el Estatuto de Roma le permitió a Colombia resolver en este acuerdo el problema que la aquejaba desde hace 30 años: el de "cómo superar el dilema entre la justicia y la paz".

La pregunta del millón es: ¿será que si se superó? ¿O será que ver a un asesino de las Farc en una curul del Congreso y no en una cárcel nos dejó ese concepto bastante cojo, y a los colombianos bastante divididos al respecto? Porque paz no tenemos. Hay unos obesos y/o envejecidos excombatientes de las Farc que hoy no están disparando, por lo cual se les agradece. Pero justicia tampoco estamos viendo. Desde luego, la manera de arreglar este desbalance no es proponiendo en Colombia una amnistía general, que no es sino una propuesta que se reduce a que miembros del Ejército y un puñado de delincuentes comunes puedan ser elegidos o nombrados en la burocracia, porque ya pagaron lo mismo que Epa Colombia, el nuevo termómetro de la proporcionalidad penal nacional.

Entre tanto... Interesante el aterrizaje de Alejandro Gaviria en el ruedo electoral. Lo que no se sabe es cómo hará para mantener prudentemente alejado de su despegue al expresidente César Gaviria y a todo lo que queda de liberalismo oficialista.

EN CARICATURA

Mujeres afganas



malador



Tubo de ensayo
Thierry Ways

Murallas y estatuas

Alguien se le ocurrió pintar de blanco y amarillo una muralla del fuerte de San Sebastián del Pastellillo, en Cartagena, y se armó un gran revuelo nacional. ¡El patrimonio histórico se respeta!, exclamamos todos, al unísono. Lo cual resulta curioso, pues hace poco hubo un furor de destrucción de estatuas en todo el país, tan patrimoniales ellas como las murallas cartageneras, y la reacción general, sobre todo en las tribunas de opinión, fue mucho menos indignada. Fue tolerante incluso.

Claro: es más fácil defender una muralla inerte que la estatua de algún conquistador con las manos manchadas de sangre indígena. Lo segundo acusa una arriesgada incorrección política. Eso no explica, sin embargo, por qué quienes tan pocos dolientes las elijes vandalizadas de Bolívar en el monumento a los Héroes en Bogotá o la de Antonio Nariño en Pasto, protagonistas ambos de la independencia, no de la conquista.

Pero aun en lo relativo a los conquistadores y colonizadores, la cuestión moral es más enredada de lo que parece. Lo demuestra el caso de la muralla pintada. Quedó claro que, si bien nadie niega que no es sino una propuesta que se reduce a que miembros del Ejército y un puñado de delincuentes comunes puedan ser elegidos o nombrados en la burocracia, porque ya pagaron lo mismo que Epa Colombia, el nuevo termómetro de la proporcionalidad penal nacional.

Me dirán que la diferencia es que una muralla nunca le hizo daño a nadie, mientras que el conquistador sí. Pero no es tan clara la distinción. Las paredes pueden tener una carga simbólica tan problemática como las estatuas. Las murallas de Cartagena son una fortificación militar que construyó el mano de obra esclava para proteger el principal puerto esclavista de la colonia. Y qué decir de las iglesias coloniales: centros de adoctrinamiento de un dogma ultramarino que se les impuso por la fuerza a los pueblos nativos. Si fuéramos radicalmente coherentes en nuestros ocasionales propósitos de resarcir los crímenes del pasado, junto con las estatuas de los conquistadores, habría que demoler esas edificaciones también.

No estoy proponiendo, por supuesto, derribar las murallas de Cartagena. Y, por otro lado, no creo que todo personaje histórico, por el hecho de serlo, merezca ser puesto en un pedestal. En estricto sentido, Hitler fue un personaje histórico; no por eso debe ser homenajeados. Las sociedades tienen derecho, además, de expulsar y cambiar a los inquilinos de los pedestales. Pero, como escribió un novelista: "El pasado es un país extranjero; hacen las cosas distinto allí". Pretender juzgar el pasado bajo los parámetros morales del presente, intentar resolver sus contradicciones interesadas por medio de simplistas raseros maniqueos - "Viva la romántica muralla! ¡Abajo el malvado conquistador!" - es un procedimiento que estrecha nuestra comprensión de la historia, en vez de ensancharla.

En lugar de una iconoclastia moralizante, el desprestigio de las figuras del pasado debería aportarnos una lección de humildad. Aquel expócrax, hoy villano, alguna vez fue un modelo para el mundo. Se consideró justo preservarlo para la posteridad en mármol o en metal. Y así permaneció, por un tiempo, hasta que una nueva época lo encontró irrelevante o incluso maligno. Lo mismo pasará con las estatuas y las convenciones morales de nuestra propia época, esas que ahora nos parecen incontrovertibles. Como nosotros nuestros antepasados, llegará un día en que se nos condene positivamente por las cosas que en vida nos llenaron de orgullo.

Modernización y sus contradicciones

El Gobierno dio a conocer el reporte de la misión sobre modernización productiva. Esta contiene con una adecuada presentación multilateral (UNDP, BID), académica (Harvard, Uniates), gremial (Andi, SAC) y gubernamental (Vicepresidencia, Mincit, Minhacienda y DNP).

No obstante, dicho reporte terminó simplemente repitiendo los conocidos diagnósticos sobre problemas estructurales de 'alto costo Colombia' (energético, multimodal y laboral). Ya sabemos que nuestro país es una economía enclaustrada, no obstante estar en la mejor esquina regional, y con productividad a solo 22% de la obtenida por Estados Unidos. Dicho costo país explica nuestro bajo comercio internacional, estancado al 35% del PIB en los últimos 30 años, no obstante haber negociado hace una década TCL que cubren dos tercias partes de nuestro potencial exportador.

En efecto, el reporte señala exportaciones per cápita de Colombia a mitad del valor esperado y con inversión extranjera de mínimo impacto en empleos innovadores, precisamente por focalizarse 60% en sectores petróleo-carbón. Lo que se requería era conocer potenciales avances liderados por el sector privado, pero nuestros gobiernos insisten en expandir el gubernamental de baja productividad, tal como acaba de ocurrir con el 'enroque' Ecopetrol-ISA.

¿En qué quedaron las lecciones de una Isagén hoy mejor manejada bajo la égida interna-



El costo Colombia
Sergio Clavijo Vergara

cional-privada, pagando impuestos y transmitiéndole al consumidor menores precios? Parece que el senador Duque nunca las asimiló y privó de dichas lecciones al Presidente.

Los impulsos en la cadena de valor, hacia atrás y adelante como imaginaron Currie y Hirschman en 1950, han resultado una mera ilusión en Colombia. En cambio, Corea del Sur, medio siglo más tarde, exhibe con orgullo una penetración comercial que bordea el 100% del PIB y, además, puntea en pruebas Pisa. Tras su guerra, Corea mostraba un PIB per cápita inferior al nuestro, pero se aplicó en educación de calidad y he ahí sus buenos resultados.

Duro reconocerlo, pero Colombia ha sido un estruendoso fracaso en modernización, productividad y comercio internacional. Y ello ocurre porque seguimos repitiendo los diagnósticos de Harvard (antes Porter y ahora Hausmann) y pagando abultadas sumas, en vez de implementar acciones para el cambio. Nunca superamos los desafíos de la 'agenda interna'.

Los gobiernos prefieren 'lucirse' con *ppoints*, pero lo re-

querido es auscultar experiencias de empresarios de México, Chile y Perú, quienes lograron aprovechar sus TLC. México duplicó exportaciones a EE. UU. en los primeros cinco años del Nafta, llevándolas al 20% del PIB, pero Colombia las redujo a la mitad y representan solo un 3% del PIB. México exporta US\$ 6.500 millones/año en solo aguacates, y Perú, US\$ 1.000, pero Colombia, con dificultad, US\$ 150.

Los gobiernos deben empezar por asimilar estas abismales diferencias de dígitos en valores exportados desde Colombia. Años atrás sugerí, a contrapelo de colegas, olvidarse de ineficaces 'misiones de modernización' y mejor organizar 'grupos de tareas' con empresarios en países pares. Pero ha continuado ganando el 'glamour académico' sobre urgentes tareas de 'fango' geográfico, logística y desregulación.

El nuevo *impromptu* gubernamental han sido los sobresurcantes para 'defender las textilerías nacionales'. Ello no solo es contraproducente, sino que denota su desorientación sobre verdaderas prioridades productivas: reducir costos de transporte y agilización en Inspección de condesadores, idóneas aprobaciones fitosanitarias y enfrentar las corruptelas estatales en toda la cadena. Pero, claro, entender esto desde Boston es complejo.

Los gobiernos son elegidos para gestionar soluciones, no para repetir diagnósticos. Una abultada misión laboral, pensionales y tributarias bajo Duque no constituyen un buen legado, lo requerido eran acciones para solucionar el gravoso 'costo Colombia'.